

EL ECO DE CARTAGENA.

Viernes 6 de Diciembre de 1878.

LONGEVIDAD DE LOS PESCADOS.

A tener como verdades no pocas historias que corren por el mundo en algunos tratados de ictiología, como moneda corriente, y que son invariablemente copiadas y recopiladas, nos vemos obligados á creer que los pescados, ó á lo ménos algunas especies, gozan de larga vida. ¿Es el hecho verdadero? ¿Es probable? Vamos á verlo.

La mayor consecuencia que se puede aducir en favor de la longevidad de los animales de que nos vamos á ocupar, está sacada del hecho de que su tamaño no ha llegado á su máximo de desenvolvimiento cuando ya el animal es adulto, es decir, capaz de reproducir su especie.

Esta facultad, muy diversa de la que poseen los mamíferos y demás animales de las clases zoológicas superiores, parece, en efecto, permitir al cuerpo desarrollarse durante toda su vida.

Como, por otra parte, se han encontrado individuos que han alcanzado un tamaño extraordinario entre la mayoría de su especie, se ha sacado por consecuencia naturalmente que, para estos individuos, la duración de la vida debía haber sido larga.

Nosotros nos proponemos examinar si este razonamiento es cierto. Pero antes de entrar en materia es indispensable repetir, una vez para siempre, algunas de las historias y preocupaciones que pensamos combatir, no porque rehusemos á ciertos pescados una longevidad notable, al contrario, sino porque estamos persuadidos que una exageración considerable ha mezclado la verdad con lo fantástico, y nosotros creemos que al hacer entrar estos hechos en el dominio de lo probable y de lo posible, son ya muy interesantes por sí mismos para despojarnos de toda forma legendaria.

Se citan en Francia las célebres carpas de Fontainebleau, que viven según hemos oído asegurar, desde Francisco I, lo que les adjudicaría una existencia á lo ménos de tres siglos; porque si se las conduce, si se las ha señalado desde esta época, es porque tenían ya cierto tamaño; pequeñas es seguro que hubieran pasado desapercibidas, tanto en aquel tiempo como en nuestros días. Añadamos que estas carpas son muy hermosas, pero no incomparables, porque no hay ajen que no se pesquen otras tan hermosas en otros que llaman muchos estanques de otros países, sin que se les haga otro honor que el de vivir en el mundo más

próximo. Su avanzada edad las ha vuelto blancas y musgosas, según se dice; es verdad que ellas tienen este color, pero esto no prueba nada con respecto á su edad, porque nosotros podemos atestiguar que en ciertos sitios hemos cogido carpas de 25 centímetros de longitud; por consecuencia, peces de tres á cuatro años, que tenían la misma piel y que á todas las cosas debían probablemente conservar siempre.

El color blanquecino y el musgo que cubre á las escamas indican más bien un estado de decaimiento enfermizo, propio de las aguas de mediana calidad y los fondos pocos nutritivos en que viven estos pescados.

Las hermosas carpas similares como tamaño, pero jóvenes dedos á tres revoluciones, es decir, de ocho á doce años, que se pescan en todos nuestros grandes estanques de agua, de fondos nutritivos, guardan su hermoso color bronceado, y no es dudoso que colocadas en compañía de las carpas de Francisco I, en el estanque de Fontainebleau, revistirían poco la librea de lamis-ria que tanto se admira.

En tiempo de Buffon las carpas de Fontchartrain, que vivían en los fosos del palacio, tenían 150 años y según dice, de modo que hoy día tendrán 250 lo ménos.

A mayor abundamiento, añade que en los estanques de Lusace se criaban hasta de más de 200 años, lo que supondría que se encontrarán aun allí quizás.

¿Sana crítica! ¿dónde estás? La Lusace no se halla en el fin del mundo, y el reino de Sajonia no está tan lejos que no sea fácil averiguar si los dueños de los estanques se entregan á fantasías, cuyo desenlace estamos seguros, no pueden esperar ver.

En todo caso, no seremos el primer naturalista que eche en cara al gran Buffon la credulidad excesiva de que ha dado tan señaladas pruebas. Esto, á lo ménos, para nosotros, es un consuelo.

Igualmente se cita, como venerables matronas, las carpas de Chantilly, las cuales serían contemporáneas del gran Condé. Esta cualidad no les da un tan espléndido nacimiento como á las anteriores, puesto que en tal caso tendrían un par de siglos, es decir, una bagatela, una miseria.

Desgraciadamente poseemos documentos auténticos recogidos en el mismo sitio. De ellos resulta que las más viejas de estas carpas, á lo ménos las más gruesas y de aspecto tan venerable como las de Fontainebleau, no pasan de 40 años, si es que los tienen. Qué desencanto para los creyentes! todas estas carpas, todo estos buenos peces, que corren con una ligereza tan igual al llamamiento del curioso, han sido pesca-

dos en el gran canal de esta posesión, y cada vez que se pesca en él, se sacan los más hermosos, que se juntan á los decanos del estanque para cubrir los vacíos que la muerte causa en sus filas. Porque es preciso desengañarse, desaparecen, sin la menor duda poco á poco, muriendo honradamente como cada hijo de vecino, cayendo al fondo, pues nunca se encuentran acostadas en la superficie del agua boca arriba.

Esta diferencia de muerte entre estas carpas y las otras, más jóvenes, quizás es debida á una descomposición prematura de las carnes, á una imbibición en sus últimos momentos, que concordaría bien con la pestilencia inaudita de la vitalidad de estos animales.

Todo el mundo sabe que una carpa pescada, abierta y cortada en pedazos, se estremece todavía durante cierto tiempo, y en una palabra, vive aún cuando se la pone en la sartén.

No nos es posible callar las anécdotas siguientes: «En muchos lagos de la Alomania septentrional se pescan carpas que pesan 15 kilogramos.» ¡Atención! «Se han cogido del peso de 19 kilogramos en Dertz, en la Nueva Marca de Brandeburgo, en las fronteras de la Pomerania.» ¡Magnífico! «Junto á Angerburgo, en Prusia, se han encontrado algunas que pesaban hasta 20 kilogramos.» ¡Valor! «Pallas dice que en el Volga se hallan del tamaño de un metro cincuenta centímetros.» No está mal, y podemos adelantar! En 1741 se pescó en Bischofshausen, cerca de Francfort sobre el Oder, una que tenía más de tres metros de largo y más de uno de ancho, que pesaba más de 35 kilogramos. Y para concluir, añadiremos que hemos oído referir más de una vez que en el lago de Zug, en Suiza, se habían cogido carpas de 45 kilogramos, ó sean 90 libras. Esto sin contar con las famosísimas de Charlottenburgo, que con su edad, que llega á 200 años á lo ménos, presentan en Prusia asunto para leyendas análogas á las ya citadas.

Pero aún no hemos terminado, pues, gracias á las exageraciones que la credulidad ó la falta de juicio de los viajeros en los siglos últimos han aceptado, oímos á cada paso asegurar que las carpas del Volga y las del Dniester adquieren con el tiempo proporciones inusitadas. En fin, son tan gruesas que sus espinas pueden servir para fabricar mangos de cuchillos. Aquí sí que se puede decir: «¡Lenguas tierras, lenguas mentiras.» Bien es verdad que Pablo Jove, un médico italiano, en 1524, afirmaba que en su tiempo se cogían carpas en el lago de Como que pesaban doscientas libras.

Desgraciadamente no dice que las había visto.

En todo este debate domina una cuestión fisiológica. Está reconocido por analogía (uno de los mejores métodos de experiencia, cuando las observaciones directas faltan) que la duración de la vida total de un animal está en razón directa de la duración de su infancia. Cuanto más necesita un organismo para llegar á ser adulto, más larga es su vida. Cuanto más pronto se desarrolla, menos dura. Esta regla parece tener pocas excepciones entre los seres de las clases superiores. El elefante vive un siglo y más, porque su infancia es tan larga como la del hombre. Las aves viven poco, porque su infancia es corta y se hacen adultas con rapidez.

No ignoramos que desde el primer momento se presentan objeciones. Se me citará el papagayo, el cuervo, que ambos viven mucho aun cuando su infancia no parezca que se prolonga mucho más que la de los otros animales.

Todo esto hay que probarlo todavía, y en esta historia, como en la de los pescados, se encuentran tantos vacíos, que no se pueden aceptar estas restricciones sino á beneficio de inventario. A mayor abundamiento, excepciones tan poco numerosas confirman más bien que destruyen la regla general.

Aún admitiríamos que el medio en que viven los pescados, que la poca vitalidad de su circulación, que la temperatura igual y poco elevada de sus órganos, y otras muchas circunstancias, mantienen el funcionamiento normal por mucho más tiempo que en los animales del aire; pero siempre deberá haber una cierta relación análoga entre la duración de la edad no adulta y la vida.

Doblemos, tripliquemos, hasta decuplemos si se quiere, el tiempo del desarrollo necesario, y aún estaremos muy lejos de la duración fabulosa ó legendaria de la vida de las carpas.

La verdad es que la carpa entra en celo y se reproduce al tercer año de su existencia; luego es adulta. No nos detendremos en el primero ni en el segundo término de nuestra progresión; pero lleguemos del primer salto al último, decuplemos esta edad, que sólo se triplica para el hombre y los demás mamíferos, y tendremos una duración de 30 años; según nosotros, la edad probable á que puede llegar la carpa.—C. V.

(Ilustración Venatoria.)

MISCELANEA.

EL MOTIN DE LAS FLORES

El tiempo... mejor dicho... el soplo